DE NUEVO SOBRE SAN JUAN DE LA CRUZ EN BAEZA: ENTRE EL COLEGIO DE SAN BASILIO Y LA UNIVERSIDAD ("EL NIDO DE LOS CONVERSOS")[1]

Dámaso Chicharro Chamorro
Consejero del I.E.G.

La relación de San Juan de la Cruz con Baeza y la fundación del que hemos conocido los baezanos siempre como Colegio de San Basilio se produjo, casi con total seguridad, a instancias de los catedráticos de aquella Universidad. No es que San Juan quisiera establecer en su colegio carmelita una especie de sucursal dependiente de la Universidad. Nada más lejos de su ánimo, pues siempre buscó la identidad y personalidad de sus establecimientos, pero ello no le impedía –antes al contrario– convivir con quienes sentía como sus iguales en pensamiento y voluntad de llevarlo a término. Y estos eran –entre otros– los claustrales de la institución avilina, que tenía el sello propio de todos los que se regían por las instrucciones del Maestro Ávila. Estoy totalmente de acuerdo cuando, refiriéndose a la gran institución universitaria andaluza de entonces, dice el cronista Luis González López: "Atrae las miradas de Andalucía entera el foco de estudios mayores que hay en Baeza; la Universidad de Baeza, en el decimosexto siglo, es la Salamanca andaluza. Sobre ser el verdadero centro geográfico de la provincia de Jaén, es el de más autoridad docente que se conoce por estas tierras".[2] La entidad y el rigor de la Universidad que, como es sabido, tuvo existencia famosa durante tres siglos se debe en parte muy señalada al Maestro Ávila, el futuro "Beato" durante más de trescientos años y hoy ya felizmente San Juan de Ávila, doctor de la

[1] Parto y reproduzco parcialmente, con bastantes añadidos y algunas supresiones, el capítulo sexto de mi trabajo *San Juan de la Cruz en las tierras de Jaén*, Universidad de Jaén, 2013.

[2] *San Juan de la Cruz en la Provincia de Jaén,* Jaén, Talleres de la Imprenta Provincial, 1951, p. 136.

BOLETÍN. INSTITUTO DE ESTUDIOS GIENNENSES Enero-Junio 2018 – Nº 217 – Págs. 355-383 – I.S.S.N.: 0561-3590
Recepción de originales: marzo 2018 Aceptación definitiva: abril 2018

Iglesia Universal desde octubre de 2012, asunto al cual nos referimos con detalle en un conocido artículo (de obligada publicación con motivo de su centenario) titulado "San Juan de Ávila y Santa Teresa"[3], pues aquél se considera el verdadero factótum, el primer rector efectivo del centro, aunque la fundación universitaria se debiera a Rodrigo López, familiar de su santidad Paulo III, en 1538.

La historia universitaria baezana está más que realizada desde que María Encarnación Álvarez, la que fue eximia directora del Instituto Santísima Trinidad de Baeza durante los años sesenta del pasado siglo, dedicara al asunto su tesis doctoral, que fue publicada por el Instituto de Estudios Giennenses hace ya muchos años. A partir de entonces la bibliografía en torno a la Universidad baezana no ha hecho más que crecer y hoy contamos con bastantes trabajos referidos tanto a la propia institución como a muchos de sus catedráticos y, en particular, a sus rectores. Son aquellos maestros, doctores y teólogos, como se les llamaba, de la talla de Diego Pérez de Valdivia, Gaspar del Águila, Bernardino de Carleval, Pedro de Ojeda, Fernando de Herrera (no el poeta, claro está), Diego Palacios, Gaspar de Loarte, Hernán Núñez y tantos otros; además de la gran personalidad de Núñez Marcelo, curioso personaje, portugués de nacimiento y miembro principal del círculo del conocido como Apóstol de Andalucía, es decir, del ínclito Maestro Ávila.

Todos estos personajes tienen un rasgo común: absolutamente todos pertenecen al no tan cerrado ni exclusivo núcleo de los cristianos nuevos o judíos conversos, que en Baeza tuvo una relevancia singular, porque estuvo profundamente incardinado en la ciudad, se posiciona de forma directísima y hasta cierto punto defensiva en tiempos de zozobra, constituyendo un elemento de cohesión social en torno a la Universidad. Por eso a ésta se le conoció desde siempre como "el nido de los conversos" y se hermanó con Salamanca, primero porque tampoco allí faltaría otro menos señalado pero no menos influyente grupo de conversos y por el otro rasgo que define a ambas: la importancia que concedían a los estudios teológicos, el convencimiento moral de sus doctores de que la enseñanza no era sólo una labor teórica, doctrinal, literaria, de realización personal, sino una forma propagandística de la "verdadera y única" religión, para ellos sin duda la católica. Como es sabido, las cátedras de teología eran las más ambicionadas desde siempre y sin duda las mejor retribuidas.

---

[3] Formó parte de un colectivo dirigido por María Dolores Rincón y Raúl Manchón Gómez, Madrid FUE, 2014.

Este grupo de personajes baezanos de nacimiento o de adopción tuvo una peculiar relevancia a lo largo de todo el siglo XVI y buena parte del XVII y el hecho de que soliciten personalmente la fundación carmelita de San Juan de la Cruz y su venida a la ciudad con el cometido de crear una institución de gran nivel religioso y personal es prueba de que, dentro de este núcleo de fundadores, tanto de la Universidad como del colegio y de la propia Orden carmelita, figuran en primer lugar y en enorme cuantía representantes conspicuos de este medio de los judíos conversos. En este mismo trabajo tendremos ocasión de insertar algunas páginas de nuestro estudio publicado hace algún tiempo en torno al carácter converso del propio San Juan de la Cruz, hoy ya más que demostrado desde nuestro estudio "Sobre el origen converso de San Juan de la Cruz: por fin la solución definitiva"[4].

El Santo, como dice Luis González, hubiera deseado que no lo nombraran para el rectorado del colegio de Baeza. En una carta de la Madre Teresa al Padre Gracián le expone los temores que ella misma albergaba y que le había hecho llegar el propio fray Juan: "Pídeme la palabra, y tiene miedo de que le han de elegir en Baeza. Escríbeme que suplique a vuestra paternidad que no le confirme". Fray Juan sabía muy bien lo que se hacía. Para él era entrar en una disyuntiva que le conducía a la duda; por una parte, era introducirse en un ambiente enormemente atractivo; por otra, enormemente complejo y delicado, pues ello le conducía a tomar parte directa y comprometida en lo que era su verdadera manera de entender la religión, desde una institución como la Universidad baezana, con una serie de personajes más que decantados hacia esta religión de fuerza, rigor y vigor espiritual que constituía el núcleo de los amigos y discípulos de Ávila, ya señalados por los procesos inquisitoriales que a tantos habían afectado y afectarían, desde los eximios a los de menor nivel; entre los primeros a Pérez de Valdivia o a Bernardino de Carleval. Son estos clérigos valientes que, desde la institución universitaria, caminan hacia todos los lugares de Andalucía para convencer a sus paisanos de que algo más habría que hacer por la extensión y depuración de la religión católica y que tenían que ser ellos, personalmente ellos, los "discípulos de Ávila" como se les conocía por todas partes, los que tenían que emprender esa labor tan inexcusable como necesaria de apostolado auténtico.

Si en un momento la situación de fray Juan pudo tener "algún remedio" en lo personal; o sea que no lo nombraran, como él decía, hubo un

---

[4] En *Porque eres a la par uno y diverso: homenaje al profesor Antonio Sánchez Trigueros*, edición al cuidado de Antonio Chicharro Chamorro, Universidad de Granada, 2015.

instante en que tal resultó imposible: como dice el cronista, ya no había remedio. El prior hasta entonces del Calvario debe continuar su apostolado en la gran ciudad giennense, en Baeza. Así se lo ha confirmado el Padre Gracián, que lo tiene claro. Estamos en la primavera de 1579. "Las virtudes del Santo –dice Luis González López– movilizan los entusiasmos devotos de no pocos varones que en Baeza meditan a la sombra de la Universidad". Son los maestros, doctores y teólogos a los que antes nos hemos referido. "Todos habían porfiado para que se restableciese el monasterio de la Peñuela, ¿no iban a pedirle al padre Gracián la fundación de un colegio de carmelitas en Baeza? Los trámites indispensables para atender la piadosa insistencia de tan católicos y cultos varones finalizan; el visitador, fray Ángel de Salazar, expide la licencia de la Orden; se cuenta con la autorización del Obispo de Jaén; y el Prior de Monte Calvario recibe el encargo de la fundación baezana".

Nuevamente desde ese momento fray Juan de la Cruz está ya comprometido por ley de obediencia con la fundación. Los datos y los documentos que tenemos son absolutamente concluyentes. Hubo durante un tiempo bastantes dificultades a la hora de decidir cuál de los obispos giennenses habría autorizado o dejado de autorizar a San Juan; así, para unos había sido Don Francisco Delgado, siguiendo la historia de Fernando de Cózar. Otros hablan, con mayores pruebas, de Diego de Deza. Hoy sabemos que se fundó el convento en el año 1579 y con licencia del obispo Deza, por el reformista que se decía entonces Juan de la Cruz, que ya había introducido la orden descalza y ensayado el nuevo vestido. "Este virtuoso varón –dice un documento de época– fue el primer prelado del convento que tituló Colegio de San Basilio y a él se trasladó la comunidad que moraba en el eremitorio de la Peñuela de nuestro término, bajo la dirección religiosa de Álvaro Núñez Marcelo, portugués de nación, en el círculo de nuestra Universidad del venerable Maestro Juan de Ávila". Concreción y claridad absolutas.

En efecto, en la Baeza de entonces se daba una serie de circunstancias enormemente relevantes para que se desarrollara la gran institución a cuya sombra se funda por parte de San Juan el Colegio de San Basilio. Dice Luis González: "Únase a esto la circunstancia de ser entonces Baeza 'una ciudad de gran riqueza y dinamismo' en la que aún 'las ejecutorias de su pasado' se alzan allí en piedra viva, en el noble porte de sus viviendas y en la excepcional belleza de sus edificios públicos'". Únase al propio tiempo que por allí pululan personajes de la talla de Huarte de San Juan, médico del Hospital de la Concepción, que allí mismo había publicado años antes el probablemente mejor libro de medicina aplicada –y luego

precedente de tantas nuevas materias como la psicología o la psiquiatría modernas– titulado *Examen de ingenios para las ciencias* (1575), y se comprenderá la gran estimación que despertaba Baeza en toda Andalucía, no sólo en el ámbito eclesiástico sino también en el magisterio del buen saber de aquella célebre Universidad, que muy pronto iba a reforzarse de nuevo y a completarse con el Colegio de San Basilio

Así pues –continúa– cuando San Juan ya viene investido de las atribuciones necesarias para fundar el que era sin duda primer colegio de la Orden tiene que abandonar el Calvario para llegar a Baeza y buscar casa donde realizar la fundación. Porque ahora ya no se trata de un eremitorio, como era el desierto, donde seguir mecánica pero cumplidamente las llamadas "vías" (purgativa, iluminativa y unitiva). Ahora debe fundar un colegio en que la doctrina mística haga sombra, si puede así decirse, a la Universidad. Para los asuntos de "intendencia" de la fundación siempre estará la Madre Ana de Jesús, la encargada de todos los aspectos materiales. Siempre se ha destacado el papel de esta religiosa, acaso poco para su merecimiento, demasiado olvidada hoy, pero que en su época fue un verdadero punto de referencia, sin el cual la reforma carmelitana no se hubiera llevado a término, porque ella estaba a las duras y a las maduras, con mentalidad de mujer práctica, secundando las iniciativas de Santa Teresa, allanando todas las dificultades materiales, para lo que estaba particularmente dotada. Ella fue, a mayor abundamiento, la que negoció a su manera la publicación de las obras de Santa Teresa en Salamanca con el impresor Guillermo Foquel y puso al cuidado de la edición nada menos que a Fray Luis de León, el eximio filólogo, catedrático de la Universidad salmantina y experto en penas inquisitoriales por envidia. Las obras de la Santa vieron la luz aún en vida de fray Juan, en 1588.

Para no perdernos en interminables aunque muy placenteros excursos, sigamos al cronista. De hecho dice Luis González, "La Madre Ana de Jesús conoce a varias personas influyentes de Baeza a las que por carta recomienda faciliten la tarea reformadora del Santo. Este la visita; visita a sus monjas preferidas de Beas. A poco el fruto de sus primeros pasos en la gran ciudad le contenta: ha encontrado una casa, que cuesta 1800 ducados. Cuatrocientos le presta Diego del Moral. Es una casa de vecindad dentro de las murallas. Está al sudeste, a unos quinientos pasos de la puerta de Úbeda, que conserva aún hoy un alto y recio torreón de piedra color ocre obscuro, y no lejos de la Universidad. Tiene una sala amplia que puede convertirse en capilla, y algunas habitaciones pequeñas, que servirán de celda para los frailes", según consta en declaraciones manuscritas.

Estamos ya tratando de las dificultades materiales solucionadas por Ana de Jesús, con la colaboración solapada de algunos catedráticos, a San Juan. Él ha tenido que hacer muy poco en este sentido. La madre Ana ha resuelto, como casi siempre, lo más problemático: la "intendencia". Como buena conversa sabe a quién se tiene que dirigir y lo que hay que hacer para allanar todas las dificultades y que en un tiempo récord se pueda proceder a la fundación. San Juan vuelve al Calvario para disponer todos los negocios de ornamentos, utensilios y ajuar. Las monjas de Beas, tristes por su marcha pero solícitas, le atienden en estos menesteres. Dice el cronista: "Escoge tres religiosos para la fundación: Inocencio de San Andrés, Juan de Santa Ana y fray Pedro de San Hilarión, que no es aún sacerdote, y el día 13 de junio, cargado el pobre ajuar sobre una jumentilla, se ponen en camino hacia Baeza".

Cuenta González López algunos detalles de ese viaje verdaderamente iniciático. El paso que iba a dar era de primer nivel para la reforma y para él mismo, aunque, como es lógico, entonces no conocía su alcance: "Al enamorado de la hermosura le fluyen los versos y las meditaciones; las declaraciones del Padre Inocencio de San José afirman que los religiosos van a pie y con báculos; el paisaje –imponentes estribaciones de la Sierra de Cazorla, aguas espejeantes y rumorosas del Guadalquivir, luces de sol en tierra labrantía pródiga de verdores– le subyuga; el Señor le llama…". Este es el texto en su simpleza de mera crónica. Así de claro. Inicia un viaje desde el Calvario de Beas, que a la postre va a ser definitivo para él y su formación universitaria y realización personal. Aunque la vida le tuviera preparados otros destinos mejores, prácticamente ya no volverá de manera estable a su querido convento del Calvario, sino de forma esporádica para descansar mínimamente o de paso.

Se enzarza luego el autor al que seguimos en divagar sobre si los religiosos que le acompañan eran sólo del monte Calvario o venían otros de la Peñuela. "Parece ser lo cierto –dice– que ambos desiertos juegan papel importante en ella, ya que en Baeza se juntaron a los del Calvario el prior de la Peñuela Fray Francisco de la Concepción y el Padre Juan de Jesús. Este se queda en la comunidad naciente, pasado el acto de la inauguración y celebrará la primera misa en la fiesta de la Santísima Trinidad", es decir, en el mes de junio.

A partir de este momento el Colegio de San Basilio, o mejor el "convento-colegio" de San Basilio, echa a andar en todas sus facetas; porque realmente aquello fue algo más que un Colegio. Dice el crítico que "con razón fundaban esperanzas en sus virtudes, dotes y talentos los doctos varones que solicitaron insistentemente la creación del mismo. Al princi-

pio, dificultades de menaje y sustento apretaban la vida de los religiosos; pero un vecindario anheloso de pura doctrina acudía a sus necesidades perentorias; de todos los pueblos del término les llegaban bastimentos y socorros", de Ibros especialmente… De otra parte, la santa conformación que fray Juan inspiraba a los religiosos, sus gobernados, en alta misión de ángel tutelar, hacía que las fuerzas ocultas del milagro y el bien de la mano de Dios se multiplicaran, favoreciendo la estabilidad de la fundación y la gracia espiritual que ésta comunicaba a la ciudad".

Se insiste a partir de este momento en una serie de detalles que no son para referidos aquí. No obstante, hay un dato que quiero señalar: que el pueblo los llamaba "los santos". Las gentes sencillas cuando se dirigían a los hermanos de San Basilio los llamaban siempre así, acaso porque, "sin abandonar las prácticas y los rigores de la Regla, aun dentro de los regalos de dulzura severa que el Superior les prodiga, se dedicaban a la conquista de las almas", pero con vivos ejemplos personales de caridad cristiana, dándose en extremo a los baezanos, consolando a los tristes, edificando a los descreídos, enseñando con auténtico rigor a los ignorantes la fe católica y, sobre todo y mucho más importante, aliviando a los pobres en los desvalimientos tanto morales como humanos y construyendo eso que algunos críticos llamaron "la ciudad de Dios" en una época en que aún alientan y perduran las desconfianzas que trajo al mundo católico la secta luterana.

Se produce una verdadera y fraterna comunión con aquel pueblo; es decir, si los llamaban "los santos" era por algo y se produjo esa ósmosis fructífera y perfecta entre los discípulos de San Juan de la Cruz, los de San Juan de Ávila y el pueblo de Baeza. Había ancho campo para las siembras feraces en la Baeza de entonces, donde aún perduraban los recuerdos de sus contiendas con y entre los moros de la frontera granadina. Los soldados de Castilla que mandan los príncipes cristianos cuentan ya unos 1500 años de existencia. Diversas culturas han tenido su asiento en ella. Pero, lo que es más importante, a partir de la conquista por Fernando III el 30 de noviembre de 1227, se va a convertir en una ciudad nueva, dominadora, abierta al valle del Guadalquivir, a la que pertenecen numerosos pueblos, que van desde el Condado hasta Linares, Rus, Garcíez, Bailén, etc. etc. Y se explaya en un tono más poético que otra cosa: "Diríase que aún luce, entre las torres del Alcázar, aquella Cruz de gran lumbre y resplandor que se le apareció, milagrosamente, a los caballeros fugitivos, descorazonados ya de poder defender la fortaleza, aquella Cruz, signo de Redención, que consideraron como un celestial aviso y como promesa de la protección de Dios".

En efecto, celestial aviso parece que vuelve a Baeza con la figura de San Juan de la Cruz, puesto que el Colegio de San Basilio supuso algo verdaderamente decisivo para la ciudad y para el Carmelo. Sobre la estancia, y sobre todo la evolución del Santo en Baeza, dice el autor: "Más concretamente que en parte alguna en Baeza se bifurca la personalidad de San Juan de la Cruz en dos direcciones paralelas: una, la esencial de su ministerio carmelitano; la otra, la aplicación de aquél a su labor docente. Del convento de San Basilio han de salir los resplandores celestes, angélicos, que iluminen la ciudad de Dios. Del colegio, la obra de restauración católica que haga de los novicios, de los sabios y virtuosos maestros de la Universidad, plantel de almas en camino de perfección. En ambas tareas no descansa el eximio reformador: no abandona a sus monjitas de Beas de Segura, a las que siempre hará objeto de sus mayores preferencias; ni le atemorizan los viajes penosos para visitarlas y confortarlas". Pero ya nunca será lo mismo. El Santo viaja. Va a Sabiote, Castellar, la granja de Santa Ana, que tan gustosos días le proporcionó en su vida. Atraviesa con sus incansables pies Villacarrillo y Torreperogil; se comunicará, eso sí, constantemente con los hermanos del Calvario y de la Peñuela e incluso tiene que ir alguna vez a Caravaca de la Cruz, en la actual provincia de Murcia, para fundar por indicación de Santa Teresa.

Si decíamos antes que se produce esa comunicación imperecedera entre los carmelitas y el pueblo baezano, que llega hasta el día de hoy, esta tiene algunos hitos decisivos durante la estancia del Santo; por ejemplo, con motivo de la famosa peste, el "catarro universal", que tuvo repercusión en toda Andalucía y ejerció particular presión sobre la Baeza de 1580. Era el llamado popularmente "catarro maligno". Pues bien, en aquel momento fray Juan se multiplicará en obras de misericordia y el convento de San Basilio fue una especie de ansiado refugio para todos los que precisaban ayuda. Fue, valga la hipérbole, un anticipo de las grandes instituciones del siglo XX, algo así como Cáritas o Manos Unidas, salvando naturalmente las distancias. Es una institución ya entonces que atiende a los más desfavorecidos, a los que nadie puede o quiere atender por el notorio peligro de contagio que tanto atemorizaba –y con razón– a las gentes.

Pero su misión va mucho más allá. Dice así Luis González: "A todos acorre, piadosamente. Y es tal la fama de excepcional sembrador de bienes y sabidurías evangélicas que Baeza ha ido forjando en torno a sus pobres hábitos, que ya la Universidad será una prolongación de las aulas carmelitanas del convento-colegio de San Basilio. Podían haber sido únicamente los escolares, legos, novicios, seglares los que acudieran a saciar las sedes y hambres de conocimiento y superación de fe en las explicaciones del

Rector; pero eran, además, los prestigios culturales de la Universidad los que le visitaban en su residencia para aprender de su palabra. Así, casi sin proponérselo, lograba hacer de la Baeza del siglo decimosexto, ya en su último tercio, un vasto campo de fieles y doctrinas aptos para el servicio de Dios". Evidentemente allí tuvo tiempo para leer a su manera, cantar como deseaba y, sobre todo, escribir mucho más de lo que la crítica suele reconocer. Sabemos que en Baeza continúa la *Subida del Monte Carmelo* y es más que probable que comience *La noche,* aprovechando para su redacción los apuntes que trae de Toledo y esos breves días de reposo, de silencio, de tranquilidad que de vez en cuando el tiempo consiente a todas las personas. Así lo hace ver el Padre Crisógono en su conocida *Vida y obras de San Juan de la Cruz*[5].

Permítasenos acerca de la escritura en Baeza una anécdota personal que acaso sea de algún interés. Entre los tres o cuatro mejores conocedores de la poesía de San Juan de la Cruz se hallaba a mi juicio Emilio Orozco, catedrático granadino fallecido hace muchos años, pero cuyo libro *Poesía y Mística* nos queda todavía como modelo de crítica y de profunda penetración técnica para el conocimiento de la lírica del Santo. Paseábamos a comienzos de los ochenta una tarde por el paraje de Las Montalvas de Baeza, no lejos del derruido convento franciscano de San Buenaventura, que habíamos ido a visitar a petición suya en plena primavera, una tarde de finales de mayo. De pronto el tiempo nos propició uno de esos cambios tan frecuentes en la zona, con un viento ruidoso en extremo, un sol entrevelado, unas montañas vistas al fondo yacentes y, de pronto, un silencio gratificador que parecía reverberar el eco del viento precedente y el rumor del vecino arroyo. El gran conocedor de la lírica sanjuanista me dijo así: "No tenga usted la menor duda de que en los paseos del Santo por estos parajes para visitar a los franciscanos está el motivo inspirador de su conocida estrofa "Mi Amado, las montañas, los valles solitarios, nemorosos, las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos…". Y, sobre todo, ese "silbo de los aires amorosos" que acaba de sonar e inmediatamente desaparecer, dejando este silencio, tan perceptible por contraste, como el sonido manso del agua del río, del "río sonoroso", cuyo ruido no molesta sino que educa, transporta, eleva en su literal mansedumbre de curso medio. Parece como si favoreciera adrede la contemplación de aquellas montañas. En Granada –decía un granadino– no tenemos nada físico que mejor pueda inspirarle que el paisaje que estamos contemplando y que él sin duda subsumió y plasmó desde su mejor sensibilidad poética". Son

---

5 *Biblioteca de Autores Cristianos*, Madrid, 1946.

palabras casi literales las que reproduzco. Orozco pasó una parte de la tarde ensimismado y recitando en voz baja –como sólo él podía hacer– el *Cántico espiritual* en una escena que difícilmente olvidaré.

Pero realmente la primera gran historia del Colegio-convento de San Basilio Magno de Baeza, fundado por San Juan de la Cruz para su mayor gloria en 1579, la llevó a término un investigador singular ya fallecido también. Me refiero a Rafael Rodríguez-Moñino Soriano, catedrático que fue de Geografía e Historia en el instituto Santísima Trinidad de Baeza, es decir el centro que continuó la labor de la Universidad baezana a partir del siglo XIX. Se trata de un estudio que creo no superado, pese a que la bibliografía en torno a este asunto ha ido aumentando progresiva y considerablemente. Se dedican unas páginas iniciales (desde la 11 a la 29) que merecerían ser transcritas íntegramente[6]. Por supuesto no lo vamos a hacer.

No obstante, puesto que de una fuente de primer nivel se trata, iremos tomando y comentando los textos más significativos, porque, además de la visión lírica, de la impronta que hemos ya constatado acerca del Colegio, nos proporciona una serie de datos que conviene tener en cuenta siempre, porque no aparecen en ningún otro lugar, exhumados por Rodríguez Moñino entonces con su peculiar modo de investigación, sereno, tranquilo, minucioso, siempre buscando el punto exacto, preciso y seguro, incapaz de quitar ni añadir nada a los datos que posee, riguroso hasta el exceso; fuente, pues, que nos permite penetrar en un auténtico depósito de buidos saberes que debemos apreciar a la hora de situar a San Juan de la Cruz en Baeza.

Comienza hablándonos de la importancia de esta ciudad realenga (siempre lo fue) dato que no podemos olvidar, porque si no hoy no entenderíamos nada de lo que queremos explicar. Evidentemente se había visto y se vio envuelta desde siempre en las célebres y conocidísima luchas de las familias que querían dominar la política ciudadana, desde los Carvajales a los Benavides. Pero se fija en un dato peculiar que debemos potenciar: el término municipal de Baeza –dice Rodríguez Moñino– constituía un extensísimo territorio, "que comprendía gran parte del norte de la provincia actual de Jaén, partiendo desde Sierra Morena. Dentro de este territorio quedaban incluidos los siguientes núcleos de población: Bailén, Jabalquinto, Baños de la Encina, Rus, Canena, Ibros de Rey, Begíjar, Bedmar, Jimena, Torres, Recena, Albanchez, Toya, El Mármol, Lupión,

---

6 *El colegio-convento de San Basilio Magno de Baeza, fundación de San Juan de la Cruz,* Baeza, 2003.

Garcíez, Linares y Vilches". Esta simple nómina nos permite apreciar el valor que entonces tenía la ciudad a la que, además, por un privilegio del rey Enrique IV, quedaba literalmente prohibido "enajenar, apartar o eximir de Baeza lugar alguno"; o sea, que tenía consolidado de modo absoluto y tajante, por privilegio real, todo lo que hoy llamaríamos su término municipal o partido judicial, bajo el dominio de aquellas familias de los Acuña, Carvajal, Benavides, Cuadros, etc., que ejercían una especie de "dominio a perpetuidad transmisible" sobre los lugares recién citados.

El problema se suscitó, como no podía ser de otra manera, con el enfrentamiento de estas familias; en particular Carvajales y Benavides, que terminó con la demolición del famoso alcázar de Baeza por orden de los Reyes Católicos, en particular de la reina. Se habían acabado por mucho tiempo los enfrentamientos. A ello hay que añadir una división social bastante peculiar, que quedaba constituida del siguiente modo: primero, los grandes nobles; luego, los pequeños hidalgos, los miembros de los "ballesteros del Señor Santiago", pertenecientes a una famosa compañía de 200 individuos con un régimen jurídico propio, etc.; pero sobre todo –y con fortísima impronta– ese abundante y característico mundo gremial de artistas, pintores, canteros, tallistas y demás profesionales de cierto prestigio. Pensemos en la familia de los Becerra, grandes pintores, entre los cuales destaca el famoso Gaspar Becerra, y el mundo de los funcionarios, abogados, médicos. Y, luego, en cuarto lugar, esa amplísima gama de los menestrales y artesanos de menor nivel: tundidores, guarnicioneros, curtidores, tintoreros, zapateros, que constituían el auténtico medio y dominio de los conversos, como los médicos en primer lugar. Dentro de este último grupo destacan los prestamistas o banqueros hodiernos, que "socorrían" a todos estos profesionales, nada desdeñables en una ciudad como Baeza.

Evidentemente también quedaba un importante núcleo de moriscos, que vivían ya lejos del centro urbano; pero no abundaban ni los mendigos ni los gitanos; es decir, era una sociedad perfectamente constituida, que casi estamos por decir que llega hasta la actualidad. Y junto a esta población media merece mención aparte, pues tenía entidad propia, el amplísimo núcleo de la población eclesiástica, por el gran número de canónigos de la colegiata de San Andrés, fundada en 1401, y la catedral que, aunque dependiente de la diócesis de Jaén, contaba con seis canónigos más un elevado número de 'servidores', entre los que no faltaban capellanes, racioneros, miembros de coro etc. Y, junto al estamento religioso, el universitario, la mayor parte del cual estaba constituido también por sacerdotes. Hay que señalar el amplísimo número de conventos, monaste-

rios y hospitales, algunos de los cuales tendrán especial relevancia, como el de la Concepción o el de San Antonio abad. El número de parroquias ascendía a doce y el de religiosos era tan elevado, que difícilmente se podría calcular. Dice Rodríguez Moñino que el número de habitantes, en los momentos de mayor esplendor baezano, podría llegar a 25000, y aunque esta cifra hoy nos pueda parecer exagerada, el hecho mismo de que un investigador tan concienzudo la ofrezca, nos permite pensar que no debió de ser mucho menor. Como puede verse, la ciudad estaba constituida por un medio elevado de población de alto nivel social, religioso, económico y cultural y, a partir de la fundación de la Universidad, que era la tercera de Andalucía, tras Sevilla y Granada, se amplió mucho el número de los colegios y conventos etc., entre los cuales el de San Basilio ocupará un lugar señero.

Tal como venimos afirmando reiteradamente, la fundación de San Basilio se debe a la instancia y petición directa de los profesores de la Universidad, que creían a pies juntillas que los carmelitas habrían de ser un verdadero revulsivo que viniera a completar la labor de la Universidad. Evidentemente hay que contar, como es lógico, con la idea inicial (así era siempre) de Santa Teresa, la intervención de las personalidades del Maestro Ávila[7], de Diego Pérez de Valdivia y de Bernardino de Carleval para poder constatar la importancia que tenía este centro para la ya bien asentada comunidad universitaria. Aunque de hecho son muy pocos los frailes que inicialmente lo ocupan, fue creciendo su número de tal manera que desde el primer edificio, la llamada Casa del Vicario, en la actual plaza de Requena, hasta el noble centro que ocupó en la actual Calle del Carmen había una diferencia sustancial.

La desgraciada intervención de Federico de Mendizábal en 1837 supuso, como en tantos casos, la desamortización del Colegio de San Basilio en su mejor emplazamiento, en la calle del Carmen. Somos testigos oculares de cuando lo que los baezanos denominaban "el Carmen" por antonomasia, allá por los años cincuenta del siglo XX, todavía poseía restos de fustes y hasta columnas íntegras, con sus basas y capiteles, rodando por la tierra. En última estancia, del primitivo edificio, que había pasado naturalmente a manos privadas, aún se conservaba en toda su anchura el primitivo solar, por el cual deambulábamos los niños sin saber dónde estábamos, sin tener la menor idea de quién era San Juan de la Cruz ni

---

[7] Sobre la relación del Maestro Ávila con Santa Teresa a este y otros propósitos puede verse nuestro trabajo inserto en Mª Dolores Rincón González y Raúl Manchón Gómez, *El maestro Ávila, un exponente del humanismo reformista,* FUE, Madrid, 2014, ya citado.

de que aquello se llamó en algún momento Colegio de San Basilio y la grandeza que había tenido en épocas pretéritas; simplemente, movíamos de un lado para otro los fustes de las columnas para poder jugar al fútbol tranquilamente o a cualquier otro deporte, pues para nosotros constituían un verdadero estorbo. Lo que fue más triste es que aquel lugar de singular valor histórico e incluso sentimental, gran resto de la España del XVI, no se conservara de alguna manera, aunque fuese como ruinas, pues sobre ese solar se construyó el edificio que actualmente ocupa la Escuela de Artes y Oficios de la ciudad, que en nada recuerda al Santo ni al Colegio de San Basilio, salvo en una también más que deficiente escultura que aparece en el patio.

Muchos baezanos ignoran, una amplísima mayoría, lo que sobre aquel solar existió, quién anduvo por allí, cuántos catedráticos de la Universidad fueron a departir, a contrastar opiniones, a aprender de San Juan de la Cruz; o cuántas veces el Santo hubo asimismo de bajar a la Universidad, incluso al primitivo edificio, para "impartir o recibir" docencia –que tanto da–, aunque no conste en ningún documento. No hace falta que sea así, pues consta documentalmente que los catedráticos iban al Colegio de San Basilio. Su nombre original primero fue "Nuestra Sra. del Carmen"; después, desde 1582, se llamará de San Basilio, en recuerdo de aquel gran personaje de la iglesia griega, Basilio el Grande o Basilio Magno. Pensemos que era el cuarto convento masculino que la reforma carmelita quería erigir, después de los de Granada (Carmen de los Mártires), de 1573, la Peñuela, también de ese mismo año, y el Calvario de Beas de Segura. Y, lo que es más importante, era el segundo Colegio-convento de toda la reforma, pues del fundado en Alcalá de Henares (1568) no se sentía especialmente satisfecho el Santo.

Como dice Rodríguez Moñino, "el rector de la Universidad era el primero en estar interesado en llevar a cabo esta fundación, apoyada y recomendada por la madre Ana de Jesús". Acaso fue ella su verdadera 'fundadora' puesto que, como hemos dicho antes, el Santo carmelita no tenía la menor intención de venir aquí, ya que él pretendía volver a Castilla. Hay un texto del cronista general, padre José de Jesús María, que lo resume de forma muy clara: "De la Escuela, entre otros muchos, vinieron tres insigne doctores, Carleval, Diego Pérez y Ojeda, que en los teatros de París y Salamanca se igualaron con los mayores". Reparemos un instante en esta frase: al Colegio de San Basilio llegaban nada menos que tres personajes considerados por el cronista de la reforma como dignos de igualarse con los mejores catedráticos de París o Salamanca. No olvidemos

que por entonces se extendió y consolidó el famoso dicho de que "Lo que no da naturaleza, ni Salamanca y Baeza".

En los últimos tiempos se ha prestado de nuevo atención a este convento, comenzando por el fundamental estudio "El convento de Nuestra Señora del Carmen de Baeza: fundación y evolución de su espacio en los siglos XVI y XVII", de Mari Cruz García Torralbo. En él se aportan noticias de primera mano acerca de esta fundación, que hoy debemos llamar con total precisión "Convento de Nuestra Señora del Carmen", carmelita de Baeza, aunque todos lo hemos conocido como "de San Basilio Magno". Tenemos constancia de otro estudio posterior, de Mª Dolores Torres Puya, inserto en el *Boletín del Instituto de Estudio Giennenses*[8], donde recopila interesante material y reflexiona sobre la pérdida de la sana costumbre de los conventos de conservar esos "libros de tres llaves", que transmitían una insustituible información sobre la vida de las órdenes religiosas, que hoy ya hemos perdido para siempre, base primordial en el caso que nos ocupa para reconstruir la pequeña historia del convento de Nuestra Señora del Carmen de Baeza.

Del trabajo de Mari Cruz García Torralbo se puede deducir que el colegio-convento es una fundación típicamente carmelitana, que creció y evolucionó de acuerdo con los postulados más característicos de la orden. La autora manejó un manuscrito del Archivo Histórico de Jaén conocido como *Protocolo y Memorial de la fundación, hacienda, obligaciones, profesiones y de otras cosas pertenecientes a este colegio*[9]. Realmente se trata de un documento excepcional para el investigador, porque aclara aspectos decisivos, comenzando por la propia denominación del convento, que hasta ahora todos habíamos conocido como "de San Basilio", sin reparar en nada más y cuyo nombre dicho *Protocolo y Memorial* aclara perfectamente. La palmaria confusión proviene del hecho de identificar el patrono con el titular. Así lo señala el *Protocolo*: "Adviértase que a este colegio desde el día que se fundó se le dio por patrón a San Basilio y por titular tiene a Nuestra Señora del Carmen". Más claro, imposible. Examinando el trabajo de García Torralbo se puede observar cómo la materialidad del colegio incide en la relación del Santo con la Universidad baezana y gana luz su vinculación con los conversos, hasta el extremo de plantearnos si el mismo santo lo fue, según venimos defendiendo desde hace muchos años. A este asunto dedicaremos luego la parte final de nuestro trabajo.

---

8 "Noticias del convento de Nuestra Señora del Carmen, de carmelitas descalzos, de Baeza, conocido como de San Basilio Magno, a través del libro Protocolo", BIEG, nº 180, Jaén, 2002.

9 Inserto en *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie VII, *Historia del Arte*, tomo 8, Madrid, 1995, pp. 119-143

En efecto, por dicho documento se aclara cantidad de elementos que son particularmente importantes para vincular a San Juan de la Cruz con la Universidad de la ciudad, nido de conversos, pues la mayoría de sus claustrales –y sobre todo de sus rectores– lo fueron. Recordemos, entre otros, a Bernardino de Carleval, Fernando de Herrera, Diego Pérez de Valdivia o el hoy eximio doctor de la Iglesia Universal San Juan de Ávila, alma máter del centro y primer rector efectivo, amigo de Santa Teresa, corrector y avalista del *Libro de la Vida*.

La cuestión de la denominación del convento queda, pues, definitivamente aclarada. El *Protocolo y Memorial* lo constata a la perfección y Mari Cruz García Torralbo lo destaca como merece: "Adviértase que a este colegio desde el día que se fundó se le dio por patrón a san Basilio y por titular tiene a Nuestra Señora del Carmen". E insiste: "y con todo le nombran muchos de San Basilio por no distinguir entre Patrón y Titular". Lo reiteramos. No es, pues, extraño que un escribano público encabece un escrito diciendo: "Hallándonos en el colexio de Nuestra Señora del Carmen", o bien en otras referencias de parecido tenor: "Hallándonos en el colexio de carmelitas descalzos de la orden del Carmen". "Probablemente –dice la autora– la denominación de San Basilio tal vez quedara como designación popular y de ahí la aclaración reiterativa del fraile en el *Protocolo y Memorial*". Por mi parte pienso que la denominación de San Basilio no fue precisamente popular, porque quienes tenemos más de cincuenta años recordamos perfectamente que a nosotros nos enviaban "al Carmen" (así, sin más) a estudiar o a jugar. Recuerdo perfectamente en los años cincuenta del siglo XX cuando mi abuela o mi madre me enviaban a jugar –reitero– "al Carmen", aquel solar enorme que quedaba en la margen izquierda de la calle del mismo nombre, donde aún había fustes y sillares dispersos de la antigua fundación, que los niños de entonces procurábamos apartar con cuidado para no tropezar y con los cuales construíamos las porterías de fútbol. Llamábamos precisamente "El Carmen" a todo aquel extenso solar, donde podían celebrarse dos o tres partidos a la vez. Jamás oí a nadie hablar del "Convento de San Basilio". Por tanto, esta denominación, que luego todos los estudiosos aceptamos sin rechistar, no era precisamente "popular", no era la designación de los baezanos de a pie.

Fundamental es todo el proceso de consolidación del colegio-convento, comenzando por el propio fray Juan de la Cruz, que acaso conoció y adoptó el nombre de "San Basilio", dado que le fue puesto en el capítulo provincial de Alcalá de Henares, celebrado el 3 de marzo de 1581. Desde ese momento aparece como nombre "oficial" el de "San Basilio", aunque

no se encuentra documentado sino por algunas referencias posteriores. En cambio, tras el nombre de fray Juan de la Cruz, sí se dice claramente "rector del colegio de San Basilio de Baeza". No hay por tanto lugar a confusión, pues en 1614 ya se acepta documentalmente la denominación San Basilio, aunque la de Nuestra Señora del Carmen siga vigente como designación "popular" que continúa en la segunda mitad del siglo XX. En una autorización del Provincial fray Antonio de Jesús Heredia se constata: "En diez de julio de 1591 en este colegio de nuestra Señora del Carmen". Poco después, en 1613, existe un protocolo notarial signado ante Claudio Villanuño, a quien yo conozco por su reiterada intervención en documentos de Alonso de Bonilla, donde se hace constar: "el convento de nuestra Señora del Carmen de esta ciudad… benden en benta la sepultura que se le da y señala enla iglesia deste conbento a doña Ana Muñoz y a sus herederos". Para mayor dificultad, ante diferentes notarios aparecen los nombres de nuestra Señora del Carmen e incluso de San José como titulares indistintamente; así cuando firma fray Juan de la Cruz en 1581 ante el notario como rector del convento "de Nuestra Señora del Carmen y San José", lo cual complica aún más el asunto, aunque esta "complicación" tiene una solución razonable, ya que San José estaba siempre al frente de los conventos carmelitas, dada la fe que le profesaban tanto el Santo como Santa Teresa. No es extraño que la mayoría de los conventos carmelitas se erijan bajo la advocación de San José como "lugar común", siempre como "añadido necesario" y casi fórmula rutinaria, compatible con cualquier otra designación.

García Torralbo aporta otro dato: la señora María Bazán sentía un gran cariño por San Juan de la Cruz y cada vez que el Santo estaba por estas tierras procuraba verlo y es sabido que a instancias de esta señora el papa Gregorio XIV otorgó en 1591 un jubileo plenísimo al convento por diez años "para el día de San José". Otra vez a vueltas con el nombre de "San José". Por ello no es raro –insisto– que esta "titularidad compartida" de Nuestra Sra. del Carmen y San José apareciera una y otra vez para el colegio baezano. Era lo normal en un convento carmelita. Según un documento de referencia que se halla en el *Protocolo* podemos disponer de todos los datos que necesitamos acerca de esta fundación. Se venía diciendo que se había asentado en dos locales diferentes; uno, en la baezana plaza de Requena, en la llamada "Casa del Vicario", que aún se conserva, con dos entradas, una por esta plaza y otra por la calle de La Merced, y otro en la calle del Carmen. Pero, como ha observado finamente García Torralbo, esta afirmación contradice la solicitud al cabildo por el convento y frailes del Carmen por la que "piden un asiento e sitio

para hacer una casa para que habiten los dichos frailes, atento que la que tienen es muy enferma por estar en el sitio en que está".

Es evidente que si la Casa del Vicario era una "mansión solariega", como se dice antes en el documento con total nitidez, ¿por qué a renglón seguido se habla de un lugar "insalubre" y se dice que están enfermos los frailes por estar "en el sitio en que está". La solución la encontramos de nuevo en el *Protocolo y Memorial,* porque con toda probabilidad la primera fundación, la Casa del Vicario, como siempre se dijo, duró un tiempo mínimo, el imprescindible para la primera misa e inicial asiento, ya que la inmediata residencia se produce en las casas de Juan de Escos, en la Calancha, siendo obispo de Jaén Don Diego de Deza, que es quien concede la licencia (de nuevo el *Protocolo*) el 2 de junio de 1579, al primer prior y fundador de la entidad (fray Juan de la Cruz). Queda así refrendado el dato de que la primera misa se celebra, tal como cuenta el Santo, el día de la Santísima Trinidad, que fue precisamente el 14 de junio, y los fundadores fueron, como es sabido, fray Juan de la Cruz y su compañero fray Antonio de Jesús. Luego compraron, según se deduce ahora del documento, al clérigo Juan de Escos las casas que este había heredado de su hermano, también clérigo, por 1800 ducados. Estamos, pues, ahora en la zona de La Calancha.

Allí vivieron bastantes años: "Sirvieron hasta que se hizo iglesia y convento de nuevo", según reza literalmente. Esa iglesia y "convento nuevo" es el que hemos conocido los baezanos con el nombre de "Convento del Carmen", situado en la calle del mismo nombre, lindero en su parte lateral con la calle Travesía del Carmen y, por la parte de abajo, con la calle Julio Burell, conocida por todos los baezanos como "Calle Ancha".

Efectivamente (ahora ya cuadra todo), el primer sitio efectivo, o sea la Calancha, era insalubre, porque estaba en la parte sur del Ejido, en el cruce de las carreteras actuales de Ibros y Úbeda, cerca del hospital de San Lázaro, conocido como el "Hospital de los leprosos", próximo a donde está hoy el convento de San Ignacio, un lugar entonces tan inadecuado que hasta carecía de agua potable, lo cual es más que significativo. Mari Cruz García Torralbo se permite diseñar un plano con todo detalle, perfectamente claro, donde aparece desde la Puerta de Úbeda, pasando por la Iglesia de San Pablo, la calle Cambil, el lugar de la fundación definitiva, el hospital de leprosos, el Ejido, la carretera de Ibros, etc., etc. Ya podemos situar ambos emplazamientos con todo rigor. El primer prelado o prior de la fundación fue San Juan de la Cruz, que aparece con el título de "vicario general", que se le había otorgado en abril de 1579, no ejer-

ciendo formalmente como "rector" hasta que el convento fue designado como "colegio de teología", una vez que los claustrales de la Universidad se aseguran de su idoneidad. Esto quería decir que se trataba de una fundación con rango suficiente como para formar conveniente y congruamente a los novicios.

Ahora bien, si esto es así ¿por qué San Juan –tenemos constancia de ello– enviaba a sus novicios para que estudiaran en la Universidad? No me cabe la menor duda: porque la comunión de ideas, de mentalidad innovadora, de ambas instituciones era total. fray Juan estaba allí con una clara y común determinación: protegerse y proteger a esa comunidad que forman el colegio y la Universidad. No en vano había sido requerido para la fundación por los claustrales de la misma, desde Carleval hasta el propio fray Juan de Ávila; es decir, aquellos que se sentían señalados como cristianos nuevos, los judíos conversos, que precisaban apoyarse entre ellos para formar una especie de "núcleo fuerte" enquistado en una ciudad que los protegía y amparaba, solventando así todas las trabas y todas las dificultades que les ponían, que no eran pocas.

Por el mismo *Protocolo* conocemos que el primer documento que firma el Santo como rector es la escritura de aceptación de la donación que se les hace del cortijo de Santa Ana, ya en 1581; una donación de Elvira Muñoz, viuda y heredera de Gonzalo Román, aumentada y añadida por Luis Muñoz, clérigo y hermano de la viuda, mediante escritura ante el notario Sebastián de Chinchilla, suscrita en enero de 1580, estando allí San Juan de la Cruz. El convento aceptó la donación obligándose a fundar otro bajo la advocación de Santa Ana. El traslado desde La Calancha al definitivo emplazamiento, en la calle del Carmen, se produce mucho después, en los primeros días de 1587, siendo rector el cuarto de ellos, fray Francisco de la Ascensión, natural de Galapagar, en la provincia de Madrid. La escritura de este se suscribió ante el notario Francisco Segura, el último día de 1586. Allí consta que el colegio compró unas casas a Juan de Céspedes para edificación del convento, que fueron precisamente el origen del "nuevo" colegio convento de San Basilio, tal como lo hemos conocido, cuyas obras se inician (las obras de la iglesia, quiero decir) ya en 1588, cuando es rector fray Eliseo de los Mártires, que luego fue enviado a las Indias. El solar del edificio se fue aumentando con sucesivas donaciones y compras por diferentes precios, según constata García Torralbo, que lo va detallando con toda precisión, según la información contenida en el recurrente *Protocolo*.

Hay un dato fundamental, que es el añadido que se produce de unos terrenos situados en la actual calle Cambil, lindera con el Carmen. Se

dice literalmente que adquieren "una casa para ensanchar la huerta", que truecan con la "beata Ochoa" a cambio de unas casas que el convento tenía en la Calancha; es decir, que hacen un buen negocio: le dan a la beata aquellas casas insalubres de la primitiva fundación y a cambio reciben otras en la calle Cambil, fronteras con el nuevo convento, con las cuales ensanchan la huerta. La escritura de permuta se suscribió ante el escribano Luis Sánchez de Ochoa, ya en octubre de 1615. Para mí es fundamental que fuera una beata, porque ese nombre estaba reservado en Baeza prácticamente de modo exclusivo para las alumbradas (véase el trabajo de Álvaro Huerga Teruelo sobre los universitarios y los alumbrados de Baeza). En aquella relación entran también las beatas, pues en ese núcleo duro entraban los conversos, los alumbrados y todas las otras formas de disidencia oficial que se constataron entonces y que constituían una nueva fuerza, que les permitía actuar de consuno para liberarse de las evidentes asechanzas que se tendían contra ellos. Un dato fundamental que viene a confirmar la fuerza de ese núcleo humano, que domina la Universidad y que domina el colegio de San Basilio. Allí estuvo San Juan de la Cruz, que tiene que relacionarse evidentemente de los conversos y con los universitarios, valga la consciente reiteración.

A partir de aquí habrá que observar cómo va creciendo el convento propiamente dicho. Hay otro fray Juan de la Cruz, natural de Córdoba, que detenta el puesto de rector en 1594, que insiste todavía más en los terrenos, en las permutas, en nuevas adquisiciones para que el colegio y la iglesia correspondiente fueran tomando cuerpo y entidad. Entre los siguientes priores destaca un fray Martín de San José, natural de Baeza, de quien se dice compra después otras casas para ensanchar el sitio del colegio. Repárese en este baezano, fray Martín de San José, quien rentabiliza y aumenta el solar del Carmen. Importante: a partir de aquí son los rectores baezanos quienes se toman la "obligación" de concluir aquel convento, en el que tanta ilusión pondrían todos, puesto que ya en Mayo de 1609 fray Francisco de la Asunción, también natural de Baeza, "prosiguió los cuartos y hizo mucha parte dellos". Ese "mucha" quiere decir que fue concluyendo lo que pudo; pero aún quedaba otro tanto por hacer en fecha tan posterior a la iniciación, pues se fue construyendo lentamente, pausadamente, según los avatares y las circunstancias y, por supuesto, se concluyó en fecha ya muy lejana a su fundación.

Me interesa destacar –reitero– que casi todos los rectores baezanos realizan ímprobos esfuerzos por aumentar la fábrica de la iglesia cuanto antes, pues, como es evidente, el proceso de construcción fue muy dificultoso. Uno de estos rectores, el padre Pedro de la Madre de Dios, natu-

ral de Iznatoraf, cerca de Cazorla, en 1607 cubre tres cuartos de la casa y –lo que es más importante– echa los estribos de la iglesia. Por tanto ya en 1607 tenemos una parte fundamental. Luego otro rector, el ecijano fray Alonso de San Alberto, de tan mala salud que tuvo que dejar el cargo, "cubrió tres cuartos de la casa y quitó muchos censos que sobre sí tenía". Ya estamos en el siglo XVII bien avanzado. La fábrica se va consolidando ahora a mayor ritmo, poco a poco pero avanzando; nada que ver con el priorato de San Juan de la Cruz, en el que apenas se hizo nada en la zona de La Calancha, y menos en la "Casa del Vicario".

En 1621 toma posesión el rector número diecisiete, fray Juan de Jesús María, natural de Lorca, que hizo el refectorio y la cocina. El prior fray Alonso de San Alberto encargó dos lienzos del claustro, labrados en piedra, para oficio, mirando al sur. Añádase otro dato: el padre fray Gabriel de Cristo, rector número diecinueve, también natural de Baeza, fue un extraordinario gobernante a juicio de García Torralbo, según el número de rectorados que detentó, ya que fue seis veces provincial a lo largo de su vida. "En su rectorado –dice el *Protocolo*– "se repararon y redujeron a buena forma las casas que arriman a la iglesia por la callejuela de la portería reglar y se hicieron dos lienzos del claustro grande, la sacristía y antesacristía, capítulo, celda rectoral, escalera principal, junto a ella, aljibe, despensas, hospedería, patios y cocina, cabalgadura y leñera, corral y casa de gallinas". Este fray Gabriel de Cristo, baezano también, consolida, como vemos, la parte fundamental de la estructura. Gracias a este se puede completar en su materialidad el verdadero plano del convento de Nuestra Señora del Carmen, tal como realiza Mari Cruz García Torralbo, y tal como podemos ratificar quienes lo conocíamos, al menos en la mínima parte levantada que nos llegó, pues podemos documentar perfectamente que la puerta principal daba a la actual calle del Carmen, mientras que toda la parte de jardines, huerta, etc. daba hacia la calle Cambil y, por supuesto, la iglesia se extendía desde el límite de los jardines hasta el final de la calle del Carmen, girando a mano derecha por la que hoy es la puerta de la Escuela de Artes y Oficios, en la Travesía del Carmen.

Otro rector es fray Miguel de la Trinidad, también natural de Baeza, que culmina el lavatorio, el oratorio y arregla la cocina y los trasfondos. Con este podamos decir que casi se culmina la obra. Había pues –los datos del *Protocolo* lo demuestran– un manifiesto interés por parte de los baezanos por concluir el convento. Estamos ya casi en 1630. Cuando vuelve este fray Miguel de la Trinidad a ser nombrado rector, en 1640, estamos ya en la plenitud de la obra del convento, pues se permite el lujo de adquirir numerosas obras de arte, concluye una cerca principal

por la puerta reglar hasta una esquina basta de la puerta, además de la ermita de la huerta, la cerca del corral, el claustro de la cocina, el corredor del sol, los fregaderos, las pilas, la cantina donde reposaba el agua, etc. O sea, conformó toda la infraestructura material imprescindible para el funcionamiento diario del colegio; además "dejó madera y pilares para los parrales de la huerta, reparó el cuarto hondo y dos pedazos de cuarto que estaban peligrosos". "Como podemos ver –con todo rigor constata Mari Cruz García Torralbo– por los años 30 y 40 del siglo XVII es cuando el convento acomete las mayores obras, de mayor envergadura, desarrollando su espacio hasta cotas definitivas".

A veces los historiadores no ven con suficiente perspectiva el discurrir del tiempo en relación con los hechos. De ahí que nos hayamos detenido minuciosa y morosamente en la construcción, pues sucede en este caso, como en tantos otros, que bienintencionadas personas quieren ver el edificio acabado antes de tiempo y atribuyen a San Juan de la Cruz por ejemplo algo que ni siquiera pudo pasar por su mente, como es el final de las obras del colegio-convento, que él no pudo ni imaginar, pues cuando dejó de ser rector aún vivían los monjes en las casas de La Calancha. El Carmen era solo un sueño imposible. La perspectiva de los años aparece ante el historiador del arte como plenitud y compleción y se olvida de que es en el transcurrir lento del tiempo cuando se ha ido gestando su arquitectura, que no aparece "completa" ni mucho menos en el momento de su fundación, en aquellas casas insalubres de Juan de Escos. Desde entonces (1579) hasta este convento casi terminado de mediados del XVII han ocurrido muchas cosas a tener en cuenta y entre ellas una fundamental: que no fue precisamente San Juan de la Cruz quien mayor empuje le dio al centro. Cuando es designado como rector en Baeza apenas había una casa rodeada de otras casas viejas y solo una campana enganchada a la ventana, tal como él mismo refiere.

Sin embargo sí que nos parece justo destacar un aspecto: San Juan de la Cruz, es verdad, fue rector en Baeza poco tiempo (1579-1582). Ahora bien: es fundamental el aliento y el espíritu que infunde en los baezanos, que con sus donaciones y limosnas hicieron posible que los restantes rectores –baezanos en su mayoría– culminaran la obra con los importantes gastos que una empresa de esta naturaleza generaba, que van desde el levantamiento de las tapias del jardín, que se vinieron abajo tras las tormentas del año 1662, hasta los tejados y la chimenea que, como se refiere en el *Protocolo*, "estaban muy mal tratados y con muchas goteras…". Se añade que el reloj de madera se había podrido y "las cañerías por donde viene el agua se perdía por la calle, en la cocina y en la lavandería". Todo

esto lo reparó fray Anastasio de Santa María. Sobre la incorrección gramatical, nótese y apréciense los gastos que una casa de esta índole generaba. Un convento que nosotros conocimos, aunque fuera solo el gran solar que llegó a tener huertas, iglesia, colegio, etc., además de las celdas, claustro, etc., de rigor.

Aquellas obras, en efecto, no terminaban nunca. Cuando no eran los temporales que derribaban las habitaciones era la falta de elementos de apoyo, de contrafuertes en las tapias, que generaban múltiples gastos. El citado fray Anastasio de Santa María atendió, además, al ornato de la iglesia, obtuvo nada menos que las reliquias de Santa Inés, fundamentales para un convento que quisiera ser tenido como de cierta categoría, aunque cuando llegaban las verdaderas dificultades se notaba la falta de limosnas, sobre todo cuando las cosechas eran menguadas. Al final del siglo XVII se añaden otras dificultades; por ejemplo, el año 1679 fue desastroso para el convento carmelita: la caída de la moneda tuvo una fuerte repercusión en las limosnas. A ello se sumó la peste, que además de a la ciudad, afectó al propio convento y que otro rector, denominado también fray Juan de la Cruz, acudió como pudo a solventar.

La licencia de fundación y todos los pormenores han quedado expuestos. El hecho objetivo es que en la plaza de Requena, frente a las murallas y dando por la parte trasera a la calle de la Merced tuvo su inicio. Se llamaba y se llama este lugar "Casa del Vicario", sin que conozcamos exactamente de qué vicario se trata. Quedan unos escudos que todavía recuerdan el primitivo Colegio y también la fecha de la primera misa, que tuvo lugar, como hemos dicho, el día de la Santísima Trinidad, en el mes de junio de 1579. Evidentemente era una casa modesta, como hemos comentado. Muy pronto vendría "La Calancha" y bastante más tarde la calle del Carmen. De la fundación inicial tenemos testimonio (la declaración del Padre Inocencio de San Andrés), que dice literalmente: "Compusieron su iglesia y colgaron una campana de una ventana, sin que persona alguna de la casa ni vecindad echasen de ver cosa alguna hasta que por la mañana tocaron a misa". Que los baezanos se volcaron a partir de entonces con los carmelitas es cosa más que sabida, que San Juan de la Cruz tuvo un especialísimo interés en cuanto se identificó con aquellas gentes, especialmente las universitarias, es también más que sabido. El mejor testimonio que tenemos a este respecto es el del Padre Silverio, que habla de él como "en disposición de frecuentar las aulas universitarias y estudiar en ellas la Teología". El colegio se constituía, pues, en centro intermedio, ya que los discípulos de San Juan –esto sí lo conocemos por otras referencias– iban a la Universidad a estudiar y los

catedráticos de la Universidad venían a departir casi a diario con el Santo tras las paredes del Colegio.

Hay, asimismo, un último dato que conviene resaltar: a las clases de la Universidad acuden dos personajes especialmente reseñables: el hermano Gerardo, insigne por tantas razones, y Jerónimo de la Cruz. Estos son los dos primeros que sirven de puente entre ambas instituciones. Con ello, dice Rodríguez Moñino, "se acrecentaba cada día más el respeto y la admiración que los carmelitas iban creando en Baeza. Porque además aquellas enseñanzas universitarias se veían completadas por las que día a día impartía San Juan en el convento, enriqueciendo el alma y la mente de aquellos novicios". Contamos, asimismo, con las informaciones de Baeza con motivo de los procesos de beatificación de 1617 y 1618 (manuscrito 12738 de la Nacional), donde aparece una serie de datos acerca de los personajes que declararon y que conocieron directamente a San Juan; unos porque convivieron en el convento y otros porque, aun siendo externos, reflejan la espiritualidad que hemos descrito. Habla en concreto de fray Martín de San José, que informa ante el doctor Pedro Magaña, catedrático de Vísperas de la Universidad, que había sido conventual en Baeza y en ella conoció a San Juan. También fray Juan de Santa Eufemia, hermano lego, natural de Linares, que dice que había permanecido junto al Santo "muchos años"; o incluso de los fundadores, como fray Pedro de San Hilarión, que interviene en el proceso de México, donde se encontraba ya como prior, y que dice: "En esta ciudad (Baeza) se había deseado y pretendido mucho en relación a los intereses del Colegio… por la existencia de la Universidad". Es seguramente la muestra más clara de esta vinculación que tanto se ha pretendido resaltar y con entera razón.

Finalmente, por lo que a esta pequeña historia se refiere, hay un aspecto que en lo literario, en lo humano, en lo personal y, sobre todo, en lo artístico, nos interesa destacar, particularmente de la permanencia del Santo en el Colegio de San Basilio. Se trata de la presencia en su vida de un personaje casi desconocido, el escultor ubetense llamado Juan de Vera, de cincuenta y nueve años, personaje básico para conformar la personalidad artística en todos sus sentidos de San Juan, no sólo por el trato que tuvo con él, sino por la labor artística que este realizó en el convento y en la iglesia. Es el texto de la declaración, exhumado por Rodríguez Moñino, es para nosotros fundamental respecto a la vocación pluriartística del Santo, que viene a refrendar una vieja idea de nuestro maestro Emilio Orozco, para quien no se podía entender la grandeza total de la obra poética de fray Juan sin la conjunción de las artes todas, que

ahora podemos casualmente documentar, ya en la etapa de madurez del fundador. Dice así: "Al cual (San Juan) trató y comunicó este testigo por tiempo de tres o cuatro años que estuvo en ella (Baeza), y le hizo algunas obras de escultura y pintura en el dicho convento, y asistía con este testigo el dicho santo padre muchos ratos mientras las hacía, y comió con él muchas veces en el refectorio del dicho convento"; es decir, estamos ante la plasmación directa de esa afición de San Juan de la Cruz por la escultura y la pintura, que había practicado desde joven. Han quedado pequeños recuerdos de esta acaso frustrada vocación de tallista y pintor, de la que nos han quedado mínimos recuerdos: una cabeza de Cristo tallada en una nuez y el famosísimo dibujo del Santo reproducido en tantas ediciones y algún otro detalle menor. Esta afición del Santo por las artes plásticas, en particular la pintura y la escultura, se mantuvo durante su etapa de San Basilio.

Mucho más importantes sobre la personalidad de este Juan de Vera son las referencias de Juan Agustín Ceán Bermúdez, aunque sean breves y tomando las noticias de Antonio Ponz; pero está claro para Rodríguez Moñino que este Juan de Vera fue uno de los profesores más acreditados de su tiempo, del cual se conserva abundante obra; por ejemplo, la estatua orante de Fernández de Córdoba en la capilla de la Universidad de Baeza, que carece de cabeza. Dice que Ponz sospecha que Vera "haya trabajado también los bajorrelieves y las estatuas de la capilla mayor del convento de San Francisco de la misma ciudad", lo cual puede ser una verdadera exageración. Pero el hecho objetivo es que ahí tenemos como dato una importante vinculación del carmelita con el mundo del arte en una etapa de su vida que ni siquiera sospechábamos y en la ciudad de Baeza.

De los personajes que pululan por el centro cabe destacar a la famosa Juana de Calancha, que cuando depone era de cuarenta años de edad y llevaba veintiséis de beata, que vivía en la calle de la Mesta y que era fervorosa admiradora de San Juan, como tantas otras de sus dirigidas; o doña Justa de la Paz, esposa de un personaje más conocido, Francisco del Castillo. Este deseo de espiritualización de los carmelitas en Baeza está presente ya en los llamados *Documenta Primigenia*[10]. Personajes como el famoso Jerónimo Gracián de la Madre de Dios nos hablaron del Colegio en términos tan positivos como tal vez ningún otro. Dice así: "En este tiempo el convento de San Basilio de Baeza con que se hizo grande provecho a la orden recibió allí mucho sujetos de letras espíritu y virtud. A

---

[10] *Documenta primigenia*, volumen III, (1582-1589), Roma, 1977, y volumen IV, (1590-1600), cit. Rodríguez Moñino, p. 22

él fueron a parar personajes de talla intelectual, como los padres Mariano y Graciano y luego aquellos otros que terminaron contando o recogiéndose en el Carmen de los Mártires granadino". Habla también Gracián de ese peculiar ardor espiritual que parecía observarse mientras el Santo permaneció en Baeza y esa comunicación con los catedráticos, los alumnos universitarios y el pueblo llano. Finalmente en este proceso hay que destacar la importancia de aquellos estudiantes que de la misma Universidad se acercaban a consultar con el místico. Algunos de ellos llegaron a tomar el hábito carmelita y desarrollaron una intensa actividad dentro del Carmelo, en especial Francisco Fernández, quien después profesó en San Basilio y –dice el autor– "fue consultado por reyes y magnates, que lloraron su muerte. Su nombre en religión fue el de Francisco de Jesús". No en vano había sido discípulo directo de San Juan de Ávila; es decir, era otro de esos clérigos valientes y esforzados a los que venimos haciendo aquí referencia.

Hablando de los debates teológicos debemos citar finalmente las palabras atinadísimas de Rodríguez Moñino cuando dice: "A estos debates o discusiones sobre Teología acuden igualmente a San Basilio catedráticos de la Universidad, creándose en Baeza un núcleo de espiritualidad comparable a otras ciudades como Salamanca o Alcalá de Henares. Juan de la Cruz era, pues, no sólo el prior de aquel convento de carmelitas de la Reforma, sino el verdadero rector del Colegio de San Basilio", entendiendo la palabra rector en su sentido más amplio, casi equiparable al rector de la Universidad. Evidentemente acaso nunca alcanza el Colegio mayor trascendencia, resplandor y rigor que en la etapa en que el Santo fue su rector; por ciento, etapa bastante corta, pues ya en 1581 tiene que marchar a Alcalá de Henares para asistir al capítulo de la orden, tras el breve de Gregorio XIII de 1580, porque estaba en juego nada menos que la separación entre los calzados y los descalzos.

Pero efectivamente vuelve a Baeza al finalizar el capítulo confirmado como rector del Colegio y designado como tercer Definidor de la Orden; poco tiempo después emprende viaje para la fundación del convento de San José a Caravaca de la Cruz y cinco meses después regresa, como él deseaba, a Ávila. A partir de ese momento ya serán muy escasos los contactos que mantiene con el convento. Por su significación y por constituir verdaderos hitos, permítasenos citar todos los momentos en que el Santo va y visita, ahora ya en calidad de simple visitante, su colegio baezano; primero al dirigirse a Granada como rector del convento de los Mártires. En esta línea de contactos baezanos, será en Granada donde reciba al padre fray Luis de San Ángelo, que había sido discípulo suyo en Baeza

y que llegaba de aquella ciudad "con una túnica haraposa", señal de que la economía del convento no debía de marchar muy bien; segundo, en 1585, cuando se encontraba en Caravaca, y recibió la carta de un padre del convento de San Basilio, llamándolo para un asunto urgente, que luego no fue tal, lo que le permitió volver a Baeza, aunque fuera una estancia circunstancial y breve. Luego, el 8 de marzo de 1587, sabemos –dice Rodríguez Moñino– que se encuentra de nuevo en Baeza "redactando un documento para los descalzos de la Fuensanta", el famoso convento santuario tan cercano a Villanueva del Arzobispo. Tal vez sea ésta la última ocasión en que estuvo físicamente en la ciudad y, finalmente, en el último momento, cuando está en el convento de la Peñuela y visita Linares. Realiza este viaje en compañía de uno de sus 'súbditos' (palabra que entonces no tenía ninguna connotación peyorativa) en el convento baezano, el padre Martín de la Asunción.

Evidentemente existen bastantes cartas, que no vamos a citar. Solo una, por lo que tiene de elemento curioso y por la cantidad de comentarios que ha suscitado. Me refiero a la que en 1581 San Juan envió a su dirigida Catalina de Jesús, monja en el convento de San José de Palencia, a la que dice: "Consuélese conmigo, que más desterrado estoy yo y solo por acá, que después que me tragó aquella ballena (evidentemente se refiere a su prisión en Toledo) y me vomitó en este extraño puerto… Y no quiero decir de acá más, porque no tengo ganas". Realmente ¿cómo hay que entender esta carta?, ¿Se trata de ver, como muchos han dicho, que no se sentía a gusto en el convento de San Basilio? Hoy tenemos otra opinión, pensando que el Santo era muy dado a momentos de depresión, que solía superan con su durísima fuerza de voluntad. Acaso fuera este uno de ellos, propiciado por alguna circunstancia cuya naturaleza se nos escapa. Hay otras muchas cartas donde demuestra encontrarse a su sabor en las tierras baezanas y, aunque sólo fuera por la relevancia del propio Colegio-convento y por el interés y el rigor que supuso en la propia vocación del Santo (universitaria y artística), merecería la pena el tiempo que residió en él. Dice finalmente Rodríguez Moñino: "Con su muerte perdió Baeza uno de los personajes más destacados de su historia; el más espiritual y santo, que dejaba como testimonio de su excepcional obra el Colegio de San Basilio".

Si hubiéramos de hablar de sus círculos, de quienes con él departieron y conformaron su carácter y vocación, habría que referirse entre todos los catedráticos y rectores de la Universidad a Bernardino de Carleval, amigo personal del Santo, y alguien a quien no pudo conocer personalmente, pero con cuya doctrina se sintió plenamente identificado.

Me refiero a Diego Pérez de Valdivia, el Apóstol de Cataluña, con cuyo pensamiento tiene enormes concomitancias. Son dos personajes (el apóstol y el Santo carmelita) que tienen muchos puntos en común, algunos de los cuales fueron analizados espléndidamente por José Melgares Raya en su breve pero enjundioso trabajo *Diego Pérez de Valdivia (1524-1589),* que recomendamos encarecidamente al lector. Solo reproduciremos un único texto en que se habla de esta relación, mínima por otra parte, tras los múltiples avatares de Valdivia, con su renuncia al arcedianato de Jaén, con su carácter también de clérigo converso y valiente, en la línea de los que venimos citando, que, como la mayoría de ellos, se halla también inmerso en un proceso inquisitorial, que sufrió y experimentó en sus carnes, como casi todos los que venimos citando. El texto en cuestión dice así: "Comparando con el de Valdivia los procesos contra Bernardino de Carleval y Hernando de Herrera, se ve con claridad el mucho interés que había en alargar el cautiverio de Pérez de Valdivia. Siendo Carleval el patrono de la Universidad, cabeza visible de la 'secta de alumbrados', denominados así por la gente y los inquisidores, además de obrar en su contra una delación muy comprometedora presentada al santo tribunal por el inquisidor Alonso López; a pesar de ser inculpado en tal gravedad, el consejo activa el caso sin ni siquiera decretar su detención. El caso de Hernando de Herrera, que desde un principio va unido al de Valdivia, es resuelto nueve meses antes que el de este, a pesar de las misivas de clemencia a favor del baezano que continuamente elevan al Tribunal Supremo los inquisidores de Córdoba".

Que este fragmento está en la línea de lo que sucedió con todos los representantes, catedráticos, rectores o incluso simples benefactores de la Universidad baezana es un hecho evidente, como lo fue en el caso del mismo San Juan de la Cruz y tal vez el caso más sintomático, el del propio Maestro Ávila. Por eso, como resumen y ejemplo común, citamos el siguiente fragmento de José Melgares: "Desde los primeros momentos en que San Juan de la Cruz comenzó su fundación en Baeza, Diego Pérez de Valdivia tuvo estrecha relación con los padres carmelitas descalzos. De ello, y refiriéndose a Valdivia, dice el Padre San José: 'era cathedrático de la Universidad quando nuestra Reforma llegó a fundar en Baeça. Sus grandes talentos, y la estimación y trato que tuvo allí con muchos descalços nos lo dice nuestro cronista general (Padre José de Jesús María)". Es decir, son esos que antes podían identificarse con los de París y Salamanca y que se igualaron, como vimos, a los mayores que existían en el mundo. Él tenía gran interés en todos los carmelitas, con los universitarios y los universitarios con ellos, pues se trata de una personalidad que

puede ejemplificar perfectamente el ambiente del que hubo disfrutado y en el que y con el que se revitalizó y humanizó más si cabe San Juan de la Cruz en sus tres años escasos de permanencia en Baeza (1579-1582).

Todo esto nos lleva a concluir que, a la altura de 2013 y después de las múltiples investigaciones, que hoy se cifran sobre todo en las de José Carlos Gómez Menor y Elizabeth Wilmhelmsen, la figura de Juan de Yepes hay que considerarla sin duda como descendiente de judíos conversos, por ambas ramas, paterna y materna, lo cual no añade ni quita nada; simplemente lo inserta exactamente en la línea donde siempre pensamos debió situarse[11].

En un trabajo de Ángel Alcalá ("El mundo converso en la literatura y la mística del Siglo de Oro")[12] se pone de manifiesto un abundantísimo y documentado elenco de protagonistas todos de la gran literatura española, comenzando por *La Celestina* y concluyendo por una buena parte del teatro menor del XVII, que hay que insertar en ese mundo y que los dos géneros (la picaresca y la mística) más genuinamente españoles, los que mayor repercusión adquieren en España y fuera de ella son una especie de "géneros subversivos", en el doble sentido de proponer y vivir una nueva forma de vida, desde la ruptura total en el caso de la picaresca, a la religiosidad más profunda, personal, interior y "secreta" en el caso de la mística. No hay un solo escritor ascético o místico del Siglo de Oro que no roce en sus escritos lo que se ha dado en llamar el tópico del "mundo al revés" o de la inversión de valores: "No todos los subversivos eran conversos, pero la mayor parte de los escritores y espirituales de esa extracción social practicaron algún tipo de subversión: su literatura creadora de nuevos temas y procedimientos, su enseñanza y vida religiosas, tenían como objeto la radical inversión de los valores aceptados. No es mera coincidencia que la más genial literatura innovadora de nuestro Siglo de Oro y la más excelsa mística del cristianismo fuera mayoritariamente conversa o al menos compartiera modos de pensar y de sentir característicos de los nuevocristianos"[13]. Evidentemente eso sucede con los grandes creadores de este tipo de literatura y de vida y halla su conformación expresa en las personalidades de Santa teresa y San Juan (por este orden).

---

[11] Un resumen ponderado de los mejores estudios sobre el origen converso de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz puede verse respectivamente en nuestra edición del Libro de la Vida teresiano (Madrid, ed. Cátedra, 1979, 1ª ed., añadida y actualiza en la 17ª, Madrid, 2015, "Sobre el origen converso de San Juan de la Cruz: por fin la solución definitiva", en *Porque eres a la par uno y diverso: homenaje al profesor Antonio Sánchez Trigueros,* Universidad de Granada, 2015, cit.

[12] *Manuscrits*, nº 10, enero de 1992, pp. 91-118.

[13] *Teresa la Santa y otros ensayos,* Madrid, Alfaguara, 1972, p. 117.

Como explicación general de este estado de ánimo podrían aducirse las siguientes palabras, aún no superadas, de Américo Castro: "La búsqueda del apartamiento e intimidad con Dios coincidirá con el afán de distanciarse de los usos y estimaciones válidos para los demás, entre quienes el converso se sentía psíquicamente como un negro se siente hoy a causa de su dolor en los Estados Unidos. Nos preocupa preguntamos el porqué de la calidad y cuantía de espirituales conversos". "Quizá no haya mejor respuesta, si es que puede haber alguna, que la de reconocer que eran personas natural, sincera y profundamente religiosas, dotadas de una exquisita sensibilidad para la vivencia de la intimidad espiritual, las cuales, una vez cristianas, fueron capaces de llegar hasta las últimas posibilidades religiosas de su nueva religión o situación límite que muy dudosamente hubieran alcanzado en la judía".